

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Un recorrido por la lucha de clases en la Argentina reciente (1993-2006).

Castillo, Christian (UBA / UNLP).

Cita:

Castillo, Christian (UBA / UNLP). (2007). *Un recorrido por la lucha de clases en la Argentina reciente (1993-2006)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/727>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: “UN RECORRIDO POR LA LUCHA DE CLASES EN LA ARGENTINA
RECIENTE (1993-2006)”

Mesa Temática Abierta: **Mesa 81** “Conflicto y cambio social en la Argentina reciente:
de los años ´60 a la actualidad. Procesos socio-económicos, políticos y culturales.
Conflicto social y experiencias obreras y populares”.

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad de Buenos Aires- Universidad de La
Plata

Autor: CHRISTIAN CASTILLO (UBA/UNLP), Licenciado en Sociología

Maipú 359, 9° “121”, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel: (011) 4328-5375.

chch@ciudad.com.ar

Autorizo su publicación en el CD de las jornadas.

Un recorrido por la lucha de clases en la Argentina reciente

Es un hecho sin discusión que la clase trabajadora argentina resultó duramente golpeada por la ofensiva capitalista de la década de los ´90, un período en el que se continuó el proceso de pérdida de conquistas iniciado por la dictadura de 1976. Generalización de la precarización laboral, hiperdesocupación, aumento de los ritmos de trabajo, crecimiento de la pobreza... Con la complicidad de las direcciones burocráticas de los sindicatos, los trabajadores fueron puestos a la defensiva. Una situación que llevó a que en medios académicos –e incluso entre intelectuales ligados a la CTA- se propagara la idea sobre la decadencia irreversible de la clase obrera. Cuando los trabajadores en su conjunto sufrían una feroz embestida, la centralidad del conflicto de clase era presentado como parte de una realidad superada. Estas posiciones fueron expresión en nuestro medio de los planteos que internacionalmente acompañaron la “ofensiva neoliberal” en los ´80 y los 90. Como señala Nicolás Iñigo Carrera en estos años los ataques capitalistas se expresaron “ *en el campo intelectual utilizando como ariete el discurso de la ‘desaparición de la clase obrera, o al menos de la ‘pérdida de su centralidad’. Este*

discurso tenía como meta, junto con las innovaciones tecnológicas, los cambios en los procesos de trabajo (como el llamado ‘toyotismo’) y las batallas políticas y sindicales (como las libradas por Thatcher y Reagan contra los trabajadores organizados en sindicatos emblemáticos de sus respectivos países), debilitar y aislar las luchas de los trabajadores.

Desde posiciones teóricas aparentemente distintas, y hasta contrapuestas, y con distintas formulaciones, se le decía ‘adiós al proletariado’, mientras se proclamaba la llegada del ‘cuentapropismo’ y del ‘trabajo informal’, base social de ‘otro sendero’ para el desarrollo económico y social. La clase obrera era borrada de las categorías de análisis de la sociedad y su lugar en los procesos de lucha pasaba a ser ocupado por ‘nuevos movimientos sociales’ de base cultural y no socioeconómica. Cuando, en la década de 1990, se hizo evidente que el ‘nuevo sendero’ había conducido a la centralización de la riqueza en menos manos y el incremento y empeoramiento de la vieja pobreza de la masa trabajadora y explotada, se descubrió que se trataba de un proceso de ‘exclusión’, como si los que padecían esos procesos de proletarización y pauperización quedaran fuera de la sociedad capitalista (‘excluidos’) y no en el peor lugar en esa sociedad: en la condición de superpoblación relativa o población sobrante para las necesidades actuales del capital. La ‘sociedad del conocimiento’, la ‘sociedad de la información’, como se pretendía caracterizar a la nueva etapa, mostraba en realidad a los mismos grupos sociales, sólo que en una situación de mayor polaridad” (Iñigo Carrera, 2006: 54-55).

No es por ello casual que en gran parte de los trabajos publicados sobre la década pasada resulte disminuida la resistencia que en ella protagonizó la clase trabajadora, algo que se realiza negando la condición de miembros de la clase obrera, de distintas fracciones de la misma, a los participantes de estos hechos, como los estatales que desataron el Santiagueñazo (o Santiagazo) del 16 de diciembre de 1993 o a los desocupados (tratados como “excluidos” en gran parte de la literatura existente), presentes en la geografía de las acciones de resistencia desde la primer pueblada de Cutral C6 y Plaza Huincul en 1996. Desde nuestro ángulo es precisamente el “santiagueñazo” el que puede ser señalado como un primer punto de inflexión luego de la importante derrota que significaron la imposición de las privatizaciones menemistas. A partir de entonces, la clase trabajadora y el movimiento de masas inician una lenta pero persistente acumulación de experiencias de lucha y organización que se continúan hasta el presente.

En la actualidad estamos en un momento donde la clase trabajadora está viviendo un importante proceso de recomposición social y subjetiva. Con la existencia de 3.400.000 nuevos puestos de trabajo del 2002 a la fecha, nadie puede sostener ya que atravesamos en una etapa de irreversible declinación del trabajo asalariado. Tampoco que la clase obrera obrera “no lucha”¹.

La acumulación de experiencias de lucha y organización

Frecuentemente se atribuye el carácter de espontáneo a algún acontecimiento de la lucha de clases. Sin embargo, como advertía Lenin en el *Qué Hacer*, la espontaneidad es siempre un concepto relativo: algo es más o menos espontáneo en comparación con los niveles de conciencia y organización que expresa algún otro hecho. Así, si las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 estuvieron en su conjunto teñidas de espontaneidad tampoco “cayeron del cielo”, sino que expresaron un grado de acumulación de experiencias realizado en los años precedentes. Así mismo, también las luchas del período actual se nutren de lo asimilado precedentemente.

Veamos sucintamente algunos de los más importantes de resistencia que fueron dando una acumulación de subjetividad a la clase trabajadora argentina.

i) El Santiagazo y las revueltas provinciales

El Santiagazo constituyó el punto más alto de una serie de revueltas (o motines) contra los gobiernos provinciales que pretendían aplicar fuertes planes de ajuste. En este caso, donde fueron ocupados e incendiados la casa de gobierno, la legislatura y la sede del poder judicial mientras la policía provincial retrocedía a sus cuarteles y comisarías, el centro de las acciones estuvo protagonizada por los trabajadores estatales que venían realizando varios meses de huelga parciales y generales. Estos desbordaron a sus dirigentes y protagonizaron un levantamiento al que se sumaron sectores plebeyos golpeados por la crisis, ya que el no pago de los salarios públicos por parte de la administración provincial afectó a gran parte de la economía de toda la provincial. La revuelta incluyó, si se quiere, una primer versión del “que se vayan todos”, ya que fue

¹ El mismo Iñigo Carrera, señala que hoy existe “un rápido reacomodamiento de muchos de los que habían sostenido su inexistencia (de los trabajadores, NdeR), irrelevancia e incluso, la desaparición de la política en las calles. Hoy difícilmente se niegue que los trabajadores existen y luchan” (Iñigo Carrera, 2006: 63).

dirigida contra todos los políticos locales, muchos de los cuales vieron como la población entraba en sus casas e incluso se bañaba en sus piscinas.

Un investigador sintetiza los hechos del Santiagazo de la siguiente forma:

“El 16 de diciembre de 1993, tres edificios públicos –la Casa de Gobierno, los Tribunales y la Legislatura- y una docena de residencias privadas de políticos y funcionarios locales fueron invadidas, saqueadas e incendiadas por cientos de empleados públicos y habitantes de Santiago del Estero. Empleados estatales y municipales, maestras primarias y secundarias, jubilados, estudiantes, dirigentes sindicales y otros reclamaban el pago de sus salarios, jubilaciones y pensiones adeudados desde hacía tres meses, protestaban contra la implementación de políticas de ajuste estructural y expresaban su descontento por la generalizada corrupción gubernamental. Conocido como el Santiagazo, este episodio tiene características singulares en tanto rebelión de gente ‘hambrienta e indignada’ -como la describió buena parte de la prensa nacional- que convergió en residencias particulares de funcionarios y en símbolos del poder público, pero en la cual prácticamente ningún comercio fue asaltado ni se registraron víctimas fatales” (Auyero, 2002: 22).

Protestas similares, aunque no de tanta intensidad, se dieron en fecha cercana en La Rioja y Chaco. En La Rioja, *“en los días previos al Santiagueñazo, los trabajadores salieron espontáneamente a enfrentar la Ley que buscaba cesantear 10.000 empleados públicos. En varias jornadas se movilizaron, llegando a ser más de 7.000 en las calles, enfrentando a la policía y llegando a prender fuego la casa de gobierno. En el Chaco la movilización logró suspender coyunturalmente la cesantía de 10.000 empleados públicos” (Oprinari, 1996: 54).*

Estas revueltas provinciales, que tuvieron en la época otro epicentro en Jujuy, fueron en general contenidas con el recambio del gobernador y el freno temporal de las medidas. En cierta medida, puede decirse que bloquearon el plan de máxima de Cavallo, el FMI y otros sectores del establishment que planteaba la cesantía masiva de los empleados públicos provinciales e incluso la desaparición lisa y llana de varias provincias a las que denominaban “inviabiles”. A partir de estas acciones se volvió habitual que muchas manifestaciones terminasen en enfrentamientos violentos contra la policía o las fuerzas represivas, algo que volvió a repetirse durante los hechos protagonizados por los metalúrgicos de Tierra del Fuego en abril de 1995 que terminaron con la vida de Víctor Choque, el primer asesinado durante una huelga obrera desde el fin de la dictadura. En otra situación política, ya en el segundo mandato de Menem, otros levantamientos

provinciales de importancia tuvieron lugar en Misiones, en el marco de una dura lucha docente, y en la provincia de Corrientes en 1999, que incluyó varios meses de acampe frente a la casa de gobierno provincial, el surgimiento de sectores autoconvocados en los gremios estatales y el corte del puente que une Chaco con Corrientes, finalmente desalojado por la Gendarmería apenas asumido el gobierno de la Alianza, causando la muerte de Mauro Ojeda y Francisco Escobar.

ii) *Los levantamientos de los trabajadores desocupados*

Una segunda experiencia estuvo dada por los levantamientos de los trabajadores desocupados en 1996 y 1997 en reclamo de “trabajo genuino”. El primero de ellos tuvo lugar entre el 20 y 26 de junio de 1996 en Plaza Huincul y Cutral Có, y fue la primer gran respuesta dada al aumento exponencial de la desocupación debido al impacto sufrido en la economía local por la crisis del “tequila”. Esta acción terminó con un triunfo en los papeles –gran parte de las demandas fueron luego incumplidas por el gobernador-, luego que la jueza federal encargada del desalojo de la ruta 22 por parte de la Gendarmería se declarase “incompetente” ante la presión de cerca de 20.000 manifestantes que protagonizaban el corte. Allí surgió la denominación de “piqueteros” para quienes defendían las barricadas.

Poco antes de cumplirse un año de estos hechos, en el mes de abril, los piquetes volvieron a cortar la ruta 22, esta vez en el contexto de una fuerte huelga docente provincial. Esta vez se desarrolló la Asamblea Popular como forma de organización del corte, algunas de cuyas sesiones eran transmitidas en directo a todo el país por Crónica TV. En este proceso se produjo el llamado “cutralcazo”, donde fue asesinada Teresa Rodríguez y los pobladores se enfrentaron varias horas con las fuerzas de la Gendarmería y la policía provincial. Poco después la acción se trasladaba al norte del país. Primero a Tartagal, provincia de Salta, donde a principios de mayo se corta la ruta 34 con el masivo apoyo de la población que se moviliza y también pone en pie una Asamblea Popular. El primer acto de los desocupados de una localidad que, junto a su vecina de General Mosconi, mostrará luego algunas de las acciones más radicalizadas protagonizadas por los desocupados. Luego será el turno de los piquetes jujeños, con centro en la localidad de Libertador General San Martín. En dicha provincia, se realizaron simultáneamente 22 cortes de ruta. Cada piquete votaba delegados que se coordinaban en la Comisión Coordinadora de piqueteros. Aquí también hubo duros

enfrentamientos con la gendarmería, especialmente los días 20, 21 y 22 de mayo, que terminaron con el retiro de las fuerzas represivas, derrotadas finalmente por los manifestantes que las enfrentaron con piedras, hondas y otras formas primitivas de armamento popular. El gobernador justicialista Ferraro, en una entrevista transmitida en directo para todo el país y donde fue duramente increpado, tuvo finalmente que recibir a la delegación de los piqueteros y ceder a varias de sus demandas. En todos estos casos fue notoria la tendencia de los manifestantes a conformar organismos de democracia directa que expresaban al conjunto de quienes participaban de la lucha y que se daban formas de organización de autodefensa contra las fuerzas represivas, a las que lograron poner en retirada. Incluso el 25 de mayo se organizó en Libertador General San Martín un desfile popular, donde la población marchó con las gomeras y piedras utilizados en sus enfrentamientos con los gendarmes. Estos hechos expresaron formas de “guerra civil en los bordes” (Trotsky), que se veían alentadas por una oposición en crecimiento al gobierno menemista, tanto entre los trabajadores (que habían protagonizado los paros generales del 8 de agosto y del 26 y 27 de septiembre de 1997) como entre la pequeña burguesía.

Dos investigadores señalan que los cortes realizados durante estas acciones *“constituyen la ocupación (toma) de una posición que es defendida frente a las fuerzas policiales. En estos casos los piquetes son para garantizar el mismo corte, son masivos, está presente más de una fracción social, los reclamos incluyen metas generales, y aún los reclamos específicos son variados, expresándose más de una fracción social, y aunque comienzan organizados en multisectoriales u otras formas semejantes, pronto surge una organización en asamblea y formas de lo que tentativamente podemos llamar ‘democracia directa’, lo que conlleva la desinstitucionalización. Estos cortes se desarrollan en el tiempo y generalmente en ellos se producen divisiones entre quienes aceptan negociar primero y los que siguen el conflicto”* (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2000: 179).

Es pertinente señalar también que aunque los cortes de ruta cobraron visibilidad como manifestación privilegiada de la protesta por parte de los trabajadores desocupados fueron utilizados como forma de lucha por parte de distintos protagonistas de la protesta social. Más aún, al contrario de lo que se piensa, los desocupados explican sólo un tercio del total de los cortes producidos por trabajadores asalariados entre 1993 y 1999.

iii) Los paros generales bajo Menem

Los paros generales son un método de lucha tradicional de la clase trabajadora argentina. En la historia reciente son habitualmente recordados los 13 paros generales que la CGT realizó durante el gobierno de Alfonsín. Por distintas razones, son menos destacados los 9 que se realizaron durante el gobierno menemista. De ellos, los de mayor adhesión fueron los realizados durante el segundo semestre del año 1996, que llevaron a la renuncia del ministro Cavallo. El primero de estos, llamado tanto por la CGT como por la CTA, fue el 8 agosto y tuvo un altísimo acatamiento. Si bien la CGT no llamó a movilizaciones, sí hubo manifestaciones convocadas por la CTA y los partidos de izquierda en diversos lugares del país, así como “ollas populares” realizadas por el MTA. El motivo inmediato del paro fue enfrentar una serie de medidas que atacaban directamente el bolsillo obrero, como la eliminación de los tickets canasta sin incorporar el monto percibido por ellos a los salarios.

El segundo paro de este período, realizado el 26 y 27 de septiembre, también contó con una muy fuerte adhesión en todo el país, incluyendo el primer día una importante movilización de la CGT a Plaza de Mayo. El tercero, realizado el 23 de diciembre en vísperas de nochebuena, tuvo menor significación.

Estos paros se dieron en medio de importantes expresiones opositoras al menemismo realizadas por las clases medias, como el “apagón”, que mostraba una convergencia en las acciones de oposición al gobierno de Menem en momentos en que aún no existía una clara variante de recambio electoral. Va a ser justamente a partir de la conformación de la Alianza entre la Unión Cívica Radical y el Frepaso –que habían concurrido con fórmulas independientes en las elecciones presidenciales de 1995- en vistas de las elecciones legislativas de octubre de 1997 que vamos a ver una disminución importante de las acciones directas contra el “menemato”, particularmente de las huelgas obreras, a lo que hay que agregar el papel estabilizador cumplido por la rápida recuperación económica de la “crisis del tequila” expresada en el fuerte crecimiento del PBI en 1996 y 1997.

Como señalamos, durante los gobiernos de Menem se realizaron 9 convocatorias a paros generales, que contaron con apoyo dispar. Con excepción de la primera de ellas, se producen luego del Santiagazo, con la principal concentración entre los años 1995 y 1996.

iv) *La lucha de clases bajo el gobierno de De la Rúa*

Ya con la Alianza en el gobierno, los dos años previos a las jornadas revolucionarias del 19 y 20 de diciembre de 2001 mostraron una variedad de formas de luchas protagonizadas por diferentes sectores de la clase trabajadora y otros sectores populares. Recién asumido el gobierno mostró que su tratamiento frente a las luchas de los trabajadores no iba a ser distinto del de su antecesor, cuando ordenó a la Gendarmería el desalojo del puente que une Corrientes con Resistencia (Chaco) al que hicimos referencia anteriormente: *“El 17 de diciembre de 1999, cientos de empleados públicos y estudiantes bloquearon durante casi una semana el puente General Belgrano. Cincuenta participantes del bloqueo y nueve gendarmes heridos, dos personas muertas y treinta y ocho detenidos fue el saldo del ataque de la Gendarmería Nacional a los manifestantes para despejar el puente. ¿Qué demandaban los manifestantes en Corrientes? Reclamaban el pago de salarios (con atrasos de hasta cinco meses), protestaban contra despidos en la administración pública, pedían ‘castigo a los responsables de la situación’ y criticaban a viva voz el ‘clientelismo, los punteros políticos, el caudillismo y la corrupción’. Gritaban, en otras palabras, contra el nepotismo gubernamental generalizado y contra una manera persistente de hacer política en la provincia”* (Auyero, 2002: 55-56). La lucha venía desarrollándose de tiempo antes, con marchas masivas y paros de maestros desde el mes de marzo, en reclamo de salarios adeudados. Desde abril se produjo la caída de dos gobernadores y fue depuesto el intendente de Corrientes, “Tato” Romero Feris. A partir del 7 de junio, alrededor de doscientas carpas ocuparon la plaza que está frente a la Legislatura en la capital provincial: *“Abogados, choferes de buses escolares, trabajadores municipales, maestras jardineras, empleados judiciales, trabajadores de sanidad y hasta familiares de agentes de la policía provincial tenían sus carpas. Bajo el nombre de ‘autoconvocados’, fracciones disidentes de varios sindicatos se unieron a la protesta”* (Auyero, 2002: 61).

Con el asesinato de dos manifestantes, Mauro Ojeda y Francisco Escobar, en el puente General Belgrano por parte de la Gendarmería se anticipaba un modo de acción represivo que veríamos repetirse a lo largo de todo el gobierno aliancista.

El primer ministro de Economía de la Alianza, José Luis Machinea, duró en su cargo poco más de un año, en el que fue enajenando del gobierno el apoyo de sectores de las clases medias mediante lo que se llamó el “impuestazo” y el recorte del 13% a los salarios de los trabajadores estatales. Durante su gestión se realizaron tres paros

generales de importante acatamiento y estuvo signada por la emergencia de la resistencia de la clase obrera, englobando tanto a trabajadores ocupados como desocupados. En un artículo de la época se señalaba lo que fue el momento más álgido de las luchas en ese año y medio: *“el movimiento de desocupados inaugura el tercer embate que llevará a la huelga general de 36 horas, la más importante de todas, en las jornadas del 23 y 24 de noviembre. Desde los primeros días de noviembre en La Matanza, un distrito del Gran Buenos Aires con más de dos millones de habitantes, miles de desocupados cortan la ruta y exigen planes de empleo. A ese movimiento le siguen cortes de rutas a lo largo del todo el cordón sur: Florencio Varela, Quilmes, Berazategui. Los cortes de ruta se acercan a las puertas de la Capital. Al mismo tiempo, en Tartagal se da el segundo levantamiento de desocupados junto a despedidos de una empresa de transporte que, con un pliego unificado de reclamos, ocupan las rutas en Salta. Uno de ellos, Aníbal Verón muere baleado por la policía. El hecho se convierte, en una pequeña comunidad del noroeste del país, en la más radical movilización de masas en lo que va de régimen de democracia burguesa en el país: se hace retroceder a la gendarmería y a la policía provincial, se ocupan las comisarías, y se toman de rehenes a los policías a los que se le requisan las armas. Un nuevo mártir obrero se convierte en bandera del tercer paro general que las dos CGTs y la CTA no pueden dejar de convocar.*

Esta huelga de 36 horas por haber sido acompañada con la generalización de piquetes de huelga, significó un salto en comparación con las últimas décadas de la lucha de clases en Argentina. Tanto fue así que la misma burguesía, por primera vez en mucho tiempo, mostró grave preocupación: ‘la demostración callejera no fue cegetista, sino setentista’ decían editoriales de la prensa patronal, que contabilizaban entre 150 y 200 mil a los ‘piqueteros’, que habían transformado la convocatoria de las centrales sindicales en una verdadera huelga activa en la que fueron al paro 6.500.000 trabajadores de todas las ramas” (Romano, 2001: 7).

A la vez que las huelgas generales se transformaban en la forma de acción predominante de la clase obrera en su conjunto, la continuidad de la crisis social produjo un fuerte aumento de la acción de los desocupados, con el crecimiento de los cortes de ruta y el surgimiento de los movimientos piqueteros.

En Tartagal y Gral. Mosconi se produjeron tres fuertes enfrentamientos, en mayo y octubre de 2000 y en junio de 2001, incluso con choques armados entre los manifestantes y las fuerzas represivas. En el segundo de ellos, durante los episodios en

que fue asesinado Aníbal Verón, la población ocupó la comisaría de Mosconi, tomando a cuatro policías como rehenes e incautando las armas para defenderse de la represión. En su momento, el peligro de la reaparición de escenarios de “guerra civil en los bordes” llevó a los sectores más reformistas del movimiento de desocupados a tratar de canalizar la protesta creciente. De ahí la convocatoria a las primeras Asambleas Piqueteras por parte de la FTV, la CCC y el entonces muy pequeño Polo Obrero. En estas asambleas el aspecto progresivo que tenía nuclear al conjunto de la vanguardia alrededor del polo que conformaban los organismos de desocupados, se compensaba con la orientación conciliadora de las corrientes convocantes, que inauguraron la metodología del “corte con carril abierto” en una de las primeras “jornadas piqueteras”. A fines de este mismo período los trabajadores de Zanon, que habían recuperado su Comisión Interna en 1998 y el Sindicato de Obreros y Empleados Ceramistas de Neuquén en el 2000, protagonizan primero las exisosas huelgas de nueve y treinta y cuatro días (en el 2000 y en el 2001 respectivamente) para después, ante los despidos masivos realizados por la patronal, ocupar la planta en octubre de 2001 y dar inicio, primero al control, y luego a la gestión obrera de la planta, cuando en marzo de 2002 encienden el horno y comienzan la producción.

En marzo del 2001 De la Rúa intentó enfrentar la crisis descargando un fuerte ataque sobre el conjunto de los trabajadores. Nombró como Ministro de Economía a Ricardo López Murphy que anunció despidos entre los empleados públicos y recortes de las partidas para educación. Las medidas motivaron un fuerte repudio popular, incluso entre la propia base y militancia del radicalismo gobernante, cuya corriente estudiantil llamaba a ocupar las universidades en contra del plan gubernamental. Los docentes llamaron a parar 48 horas. Los desocupados se movilizaron masivamente a Plaza de Mayo el 20 de marzo y al día siguiente se produjo un contundente paro general. En medio de una fuerte ola de repudio que incluía a la UIA, las centrales sindicales y estudiantiles y las organizaciones de desocupados, López Murphy debió renunciar. De la Rúa recurrió a Cavallo (a quien la Alianza había enfrentado en la elección a Jefe de Gobierno por la Ciudad de Buenos Aires), que fue presentado como una especie de “salvador nacional”, como el único que podía negociar con los grandes bancos nuevos préstamos para cumplir con los pagos de una deuda externa que se volvía crecientemente impagable. Aunque ya no estaba en el gobierno, el mismo “Chacho” Álvarez aconsejó la asunción de Cavallo como ministro de Economía de la Alianza.

Lo cierto es que Cavallo, lejos de resolverla, agravó la crisis. El cambio de los bonos de la deuda externa de pronto vencimiento por otros con mayores plazos, el llamado “megacanje”, supuestamente destinado a evitar la cesación de pagos, sólo sirvió para que los banqueros (que tenían fuertes vínculos con Cavallo) hicieran un nuevo negociado, ya que cobraron altísimas comisiones por la operación.

v) *Las “jornadas revolucionarias” del 19 y 20 de diciembre*

En las “jornadas revolucionarias” del 19 y 20, y en hechos ocurrido durante los días previos, se expresaron concentradas muchas de las experiencias protagonizadas en los años anteriores. Como dijimos en aquel momento, estas acciones “no cayeron del cielo”.

Hacia comienzos de diciembre la fuga de capitales va in crescendo. Como último recurso el gobierno intenta contenerla decretando el llamado “corralito”, por el cual no podía retirarse efectivo de los depósitos bancarios más allá de una cifra irrisoria y el resto de las compras y ventas debían hacerse mediante el débito automático o tarjeta de crédito. En una economía que funciona con altos niveles de informalidad el resultado inmediato fue desastrozo. La falta de efectivo se hizo sentir enseguida entre los sectores más pauperizados. En medio de un calor agobiante se multiplicaban las largas colas en los bancos de quienes querían abrir una caja de ahorro y sacar una tarjeta de débito. Los comercios, que esperaban compensar algo de lo perdido durante el año con las fiestas de fin de año, vieron caer estrepitosamente las ventas, sobre todo aquellos que no contaban con las máquinas necesarias para los pagos con tarjeta. Son justamente los comerciantes de La Plata y de distintas zonas de la Capital los que empiezan las protestas con varios cacerolazos. La CGT convoca a un paro general para el 13 de diciembre que cuenta con un acatamiento masivo. Los desocupados realizan marchas a los hipermercados en distintos puntos del conurbano exigiendo comida para pasar las fiestas. Enseguida comienzan a generalizarse los saqueos, que se van extendiendo a nivel nacional. Algunos investigadores registraron en esos días alrededor de 700 hechos de esta índole. A partir de la generalización de los saqueos, a los que De la Rúa respondió torpemente con la declaración del estado de sitio, los tiempos de la confrontación social y política se aceleraron. La reacción fue inmediata, generalizada y espontánea. En la Ciudad de Buenos Aires, así en otras ciudades del interior, son cientos de miles los que comienzan a hacer sonar sus cacerolas y a cortar las calles improvisando barricadas por toda la

ciudad; enseguida la multitud comienza a dirigirse desde cada barrio, tanto los más acomodados como los más pobres, hacia el Congreso y Plaza de Mayo. Allí se canta por primera vez la consigna que marcaría la irrupción popular de aquellos días: “*¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!*”. En Plaza de Mayo primero, y luego en el Congreso, la policía reprime con gases y se enfrenta a los manifestantes. Aunque en la madrugada se anuncia la renuncia de Cavallo, una parte los manifestantes se queda en vigilia durante toda la noche, demandando la salida del presidente. Por la mañana del día 20 la policía intenta desalojar la Plaza de Mayo, incluyendo a las integrantes de la Asociación Madres de Plaza de Mayo que allí se habían hecho presentes. El accionar represivo enardece a los manifestantes, que comienzan un combate callejero que duraría hasta las primeras horas de la noche, cuando se conoce la renuncia de De la Rúa. Antes, los combates entre manifestantes y policías se extienden por cada una de las entradas a la Plaza. Sobre Diagonal Norte desde aproximadamente las 13.30 horas manifestantes espontáneos se confunden con militantes de partidos de izquierda como el PTS (Partido de los Trabajadores Socialistas), el PO (Partido Obrero) y otros. Cada tanto, pasan los “motoqueros” ayudando a los manifestantes. Otras columnas, en estos casos sin identificación alguna, combaten en Diagonal Sur y en Avenida de Mayo. Alrededor de las 16 horas se producen los primeros manifestantes muertos por balas policiales, la mayoría de los cuales cae sobre Avenida de Mayo. Las columnas comienzan a replegarse hacia la Avenida 9 de julio. Por Corrientes, entre Callao y Cerrito hay miles de manifestantes dispersos, muchos de los cuales se incorporan a las acciones a la salida de sus trabajos. Otros, indignados tras ver la represión por televisión, llegan desde el Gran Buenos Aires. Claramente, predominan los jóvenes. A las 19 horas, De la Rúa anuncia su renuncia, luego del fracaso de las negociaciones entabladas a media tarde con la oposición justicialista para formar un gobierno de coalición. Poco antes, ambas CGT’s había anunciado la convocatoria a un paro general exigiendo la renuncia del presidente. Igualmente, esa tarde varias fábricas pararon espontáneamente ante las noticias de los enfrentamientos en la Plaza. Tal como vimos acontecer en otros países de la región como Ecuador y Bolivia, la movilización popular se mostraba capaz de terminar con un gobierno que se había ganado el repudio de la población. Desde los tiempos del Cordobazo y el Rosariazo que no se veía una acción de semejante magnitud, con la diferencia que en las semi-insurrecciones de fines de los ’60 y comienzos de los ’70 tenían como elemento distintivo el papel dirigente jugado por la clase obrera en la movilización popular, cuestión que no se dio el 19 y 20 de diciembre,

donde las distintas fracciones de los trabajadores que intervinieron lo hicieron diluidas en tanto que “ciudadanos” y no organizados como clase. Esta ausencia de centralidad de la clase obrera ocupada va a caracterizar también las movilizaciones que se desarrollan en el período siguiente.

vi) *Asambleas Populares, movimiento piqueteros, fábricas ocupadas*

Con la caída de De la Rúa la crisis no cesó. Entre quienes asumían interinamente y los que pretendían quedarse y no lo lograban, se sucedieron cinco presidentes en diez días (De la Rúa, Puerta, Rodríguez Súa, Camaño y Eduardo Duhalde). Las primeras semanas las movilizaciones se daban a diario y los dirigentes políticos no podían aparecer públicamente sin ser repudiados por la población.

Los hechos de rebelión, aunque se continuaban durante todo el año 2002, van a tender a decrecer con el curso del mismo. Según el registro realizado por los investigadores de PIMSA se pasa de 555 hechos en el mes de enero a 176 en el mes de diciembre (Cotarelo, 2005: 199).

Son tres los principales movimientos que ganan visibilidad en aquellos días como protagonistas de estas acciones. Por un lado, las Asambleas Populares, en las que se organizaron varios miles de vecinos expresando una forma embrionaria de democracia directa, que incluso intentan lograr algún tipo de articulación nacional. En la Ciudad de Buenos Aires, inicialmente a las reuniones de cada asamblea se suma una de coordinación, que se realiza en Parque Centenario. Las Asambleas votan en general programas políticos que combinan reclamos que tienen con la satisfacción de necesidades inmediatas con otros que apuntan a cambios políticos profundos. Están compuestas predominantemente por vecinos de entre 30 y 45 años, muchos de ellos con alguna experiencia anterior de militancia política. También participan militantes de los partidos de izquierda. Los asambleístas *“cuestionaban todo: los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, las formas de representación política y, en algunos casos, hasta el comportamiento que los ciudadanos habían tenido hasta ese momento (...)* Con la excepción de una treintena de asambleas en Santa Fe y una docena en Córdoba, el fenómeno estuvo esencialmente limitado a Buenos Aires, en donde se multiplicaron como hongos: durante el año 2002 funcionaron 112 en la Capital Federal y 105 en localidades de la provincia de Buenos Aires, aunque actualmente, sólo un año después, es visible su decadencia” (Lobato y Suriano, 2003: 152). ¿A que se debió esta

decadencia? Lo cierto es que uno de los aspectos que las asambleas rescataban como virtud, el hecho de que cada uno participaba en ellas en tanto “ciudadano”, constituyó en realidad su principal debilidad: al no incluir la representación de distintos sectores de trabajadores –aún de los desocupados-, carecían de la fuerza social para materializar sus demandas. Aunque permanecieron como una referencia por un período más amplio, su accionar se fue debilitando a medida que se asentaba el gobierno de Duhalde y se mostraba que los cacerolazos y las marchas semanales a Plaza de Mayo no bastaban para enfrentarlo. Dejaron, igualmente, como herencia hacia procesos posteriores, la referencia a la democracia directa y la aspiración de la población a tomar en sus manos la resolución de las cuestiones políticas fundamentales.

En segundo lugar, cobraron nueva fuerza los movimientos piqueteros, que se acrecentaron a medida que crecía la desocupación y también los distintos planes con los que el estado subsidiaba a los desocupados, que con la implementación bajo el gobierno de Duhalde de los “planes jefes y jefas de hogar” se multiplicaron por diez, llegando a percibirlos más de 2.000.000 de personas, de los cuáles entre un 8% y un 10% era controlado por las diversas organizaciones piqueteras. La singularidad y masividad que presentó el movimiento de desocupados en nuestro país fue resaltado por distintos observadores nacionales y extranjeros. ¿Cómo caracterizar este movimiento? Citemos un texto donde se realiza una definición que compartimos y se analiza la diferencia entre los primeros movimientos de desocupados y su generalización posterior:

“El movimiento piquetero -tomado en todas sus variantes- constituye una especie de movimiento social urbano de un sector de la clase obrera desocupada, que se nutre esencialmente de trabajadoras del servicio doméstico y amas de casa de las barriadas populares, viejos trabajadores fabriles, ex obreros de la construcción, además de una generación de jóvenes que nunca accedió al mercado de trabajo y una pequeña franja de las poblaciones marginales de pobres urbanos. Su organización es esencialmente barrial y sus demandas van del empleo y los subsidios hasta reivindicaciones de índole comunal. En este sentido, los movimientos piqueteros se asemejan a los movimientos sociales reivindicativos de Latinoamérica.

Es ilustrativa la siguiente descripción ‘cada movimiento tiene una clara implantación territorial agrupando trabajadores desocupados de un mismo barrio y a sus familias; de este modo, despliegan un conjunto de acciones sociales que combinan desde variadas formas de ayuda mutua y autogestión hasta la negociación con instancias

estatales para obtener e incluso administrar subsidios oficiales de desempleo'
(Svampa-Pereyra, 2003) (...)

A diferencia del movimiento piquetero de los orígenes que surgió planteando el problema del trabajo para todos, poniendo en el centro los cortes de ruta como forma de impedir el tráfico de las mercancías o de bloquear las plantas petroleras y protagonizando violentos enfrentamientos con las fuerzas de represión, la mayoría de las organizaciones de desocupados que prevalecieron, fueron tomando su impulso luego de que la generalización de la crisis social llevara a la masificación del asistencialismo estatal a mediados del 2002. De esta forma esta vertiente creció y se desarrolló con 'una relación más pragmática con los poderes públicos' y una relación subsidiaria del clientelismo estatal" (Werner y Aguirre, 2004: 69-70).

En los primeros meses de 2002 las marchas piqueteras a la Ciudad de Buenos Aires eran bien recibidas por la población, que las esperaba con la consigna "piquete y cacerola, la lucha es una sola". Pero, a medida que la situación económica comienza a estabilizarse, las clases medias fueron tomando una dinámica más conservadora y desde los sectores más reaccionarios se realizó una permanente campaña de estigmatización de los piqueteros. Para contener las demandas de los desocupados la política gubernamental combinó la cooptación con la represión, siendo el ejemplo mayor de esta última el siniestro operativo represivo montado el 26 de junio de 2002 que culminó con el asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, dos integrantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados "Aníbal Verón".

Por último tenemos el fenómeno de la ocupación de fábricas que, aunque preexistía a las jornadas de diciembre, cobró mayor dimensión con las mismas y con la magnitud que tomaron en los primeros meses de 2002 los cierres de empresas. Las fábricas ocupadas llegaron a ser, como parte de este proceso, alrededor de 120, agrupando más de 10.000 trabajadores. De los tres movimientos mencionados fue el más profundo y radical porque allí los trabajadores pusieron en cuestión abiertamente la propiedad capitalista. Según sintetiza un artículo "*dentro del universo de las fábricas recuperadas existe una prevalencia marcada en el modo organizativo elegido por los trabajadores a la hora de resolver de qué manera se encara el problema de la continuidad de la unidad productiva; en este sentido, el formato cooperativa de trabajo es el dominante en más del 90% de los casos y por sobre el resto de las opciones, a saber: Sociedad Anónima (SA) o Sociedad de Responsabilidad Limitada (SRL) en un 4,7% y finalmente Control Obrero (acompañada de la propuesta de estatización) en un 2,3% (Fajn, 2003).*

¿Qué determina la modalidad elegida?, la intensidad y duración del conflicto, las tradiciones políticas de los trabajadores, la orientación política del sindicato, el contexto sociohistórico de la experiencia, la incidencia del sistema político, los recursos de los trabajadores, la posibilidad de acceder a leyes de expropiación, entre otros aspectos ayudan a comprender mejor la preponderancia del modelo cooperativo en la mayoría de los casos. Los escasos datos disponibles muestran que las características de las fábricas recuperadas serían el pertenecer a fracciones de capital industrial (y en menor medida de servicios) relativamente periféricos, de no más de 40 años de antigüedad y que ocuparon entre 45-100 trabajadores en momentos de su máxima expansión. Por su parte, los trabajadores involucrados en las recuperaciones son en su mayoría asalariados en 'blanco', con cierta antigüedad en la empresa, jefes de familia, y con una importante experiencia previa en organizaciones sociales y participación en reclamos colectivos (Fajn-Rebón, 2005)” (Aiziczon, 2006).

Pese a constituir un porcentaje menor dentro del conjunto, las fábricas que se transformaron en emblema del movimiento fueron las que constituyeron su sector más radicalizado: la neuquina Zanon y la porteña Brukman. Estas fábricas fueron las que durante 2002 y 2003 impulsaron la realización de tres Encuentros de Fábricas Ocupadas y sostuvieron como programa la lucha por la estatización bajo gestión obrera directa. En ambos casos se apoyaron para sostenerse en la solidaridad de la población y otros sectores de trabajadores. Brukman es recordada por la brutal represión que siguió al intento de recuperación de la fábrica luego del segundo desalojo policial pocos días antes de las elecciones presidenciales de abril de 2003, cuando las obreras voltearon las vallas policiales acompañadas por miles de manifestantes. En el caso de Zanon, que es la fábrica más importante en tamaño y tecnología de las que fueron ocupadas por sus trabajadores, su ejemplo no tiene que ver sólo con la exitosa gestión de la fábrica de cerámicos –entre las más importantes de América Latina- sino con su papel apoyando las luchas populares en toda la región del Comahue y desarrollando la organización de los trabajadores combativos en todo el país, retomando las banderas de lo que en el movimiento obrero se conoce con el nombre de “clasismo”. Los obreros de Zanon son parte del Sindicato de Obreros y Empleados Ceramistas de Neuquén (SOECN), que además agrupa a trabajadores de otras tres fábricas. El SOECN “*cambió radicalmente de signo y orientación política luego de un largo proceso de irrupción desde las bases que se inicia en 1998 con las elecciones para la comisión interna en la fábrica Zanón (...). Así, en el año 2000 la comisión directiva es ganada por una pujante camada de*

jóvenes que combinan asambleísmo, combatividad, democracia directa, prestigio ganado en sucesivas huelgas exitosas (la huelga de los 9 días y la huelga de los 34 días, durante los años 2000 y 2001) y politización hacia la izquierda en sus núcleos directivos. De manera que hablar de la génesis del control obrero en Zanon a partir del año 2002 implica reconocer todo un proceso de movilización y politización previos a ello” (Aiziczon, 2006). Este mismo autor resalta el papel que han jugado los militantes de izquierda en la politización de los obreros de Zanon (en particular Raúl Godoy, actual Secretario Adjunto del SOECN, y Mariano Pedrero, abogado del sindicato, ambos dirigentes del PTS – Partido de los Trabajadores Socialistas) y, también, como el caso de Zanon se inscribe dentro de un “campo de la protesta” que caracteriza a la provincia de Neuquén: *“la conformación de este campo de protesta, de conflictos y de posibilidades de surgimiento de nuevos movimientos políticos como el que encabezan actualmente los ceramistas, no deja de presentarse - en cierta medida - bajo un formato ‘clásico’; en otras palabras, Zanon es también la reactualización del clásico programa del Control Obrero, el rescate del sindicato como herramienta de lucha, del clasismo como identidad y discurso articulador sustentado en la preeminencia del actor social ‘obrero’, del activismo como estrategia central generada desde el partido político que estimula la acción colectiva, y, mixturado o solapado, algunas ‘novedades’ que aporta el gran ciclo de protesta argentino: el asambleísmo, cierta horizontalidad, la honestidad y la autonomía como valores irrenunciables”* (Aiziczon, 2005).

Los obreros de Zanon ya llevan casi cinco años de gestión obrera y, mientras siguen luchando por la expropiación-estatización de la fábrica, han obtenido recientemente del juez que lleva el proceso de quiebra tres años de extensión para la explotación de la fábrica por parte de la cooperativa FASINPAT (Fábrica Sin Patrones) que constituyeron como forma transitoria hasta lograr su objetivo.

Conclusión

Si cualificamos estas experiencias que se produjeron desde el Santiagazo a la llegada al gobierno de Néstor Kirchner en mayo de 2003 podemos ver que en ellas se expresaron:

- La tendencia, a partir del Santiagazo, a la acción directa de masas para voltear gobiernos provinciales o nacionales electos por sufragio universal, con elementos semi-insurreccionales como durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre.

- El reclamo por trabajo genuino, las tendencias a la autodefensa, formas de poder territorial (con el método del piquete y el corte de ruta) en los levantamientos de los desocupados.
- El ejercicio de formas de democracia directa en las Asambleas Populares durante estas “puebladas” y luego durante las asambleas vecinales en el 2002.
- La capacidad de los trabajadores para paralizar la producción capitalista en los paros generales, en algunos de los cuales se coordinaron de acciones comunes entre ocupados y desocupados, como en el paro general de noviembre del 2000.
- La ocupación de fábricas y la experiencia de la gestión obrera frente a los cierres y despidos capitalistas, jugando el enorme papel educativo de deslegitimar la propiedad capitalista y de mostrar la capacidad de los trabajadores para organizar y dirigir la producción.
- Las tendencias a la coordinación de los distintos sectores en lucha (Coordinadora del Alto Valle, Encuentros de Fábricas Ocupadas, Asambleas Piqueteras, Interbarriales de las asambleas populares, etc.).

Hoy nos encontramos en una situación diferente de aquella en que dieron estos procesos. La clase obrera ha recompuesto socialmente sus fuerzas al calor de la recuperación económica de estos últimos cinco años. En lo que hace al proletariado industrial se frenaron las tendencias a su disminución permanente (que datan de fines de los '70 aunque con un salto importante con la recesión y crisis de 1998-2002) volviendo su número para fines de 2006 a niveles algo inferiores a los de 1997: después de llegar a un piso de 800.000 trabajadores, hoy la industria manufacturera cuenta con alrededor de 1.300.000, mientras entre 700 y 800 mil trabajan como asalariados en la construcción. Para el conjunto de la economía, los datos oficiales hablan de la creación entre abril de 2002 y febrero de 2006 de un total de 3.400.000 nuevos puestos de trabajo. Aunque estos datos no establecen cuántos de estos empleos pertenecen a nuevos miembros de la clase trabajadora, no es exagerado suponer que la cifra no debe estar por debajo del 80% del total.

En este período, los trabajadores ocupados han estado en el centro de las acciones de lucha protagonizadas bajo el gobierno de Kirchner, tratando de recuperar lo perdido por el salario en los '90 y con la devaluación y enfrentando los altos niveles de precarización laboral existentes, que engloban a un 43% de los trabajadores.

La recomposición social de las fuerzas de los trabajadores se ha visto así acompañada por distintos fenómenos que expresan la existencia, aunque lenta y desigual, de una

recomposición subjetiva en la clase obrera, cuestión que tuvo su principal manifestación en la oleada de huelgas ocurrida entre fines de 2004 y comienzos de 2006, iniciada por huelgas de los trabajadores del subterráneo y de los telefónicos. Y también en los conflictos que se desarrollaron durante el primer semestre del 2007, que abarcan desde muy importantes luchas docentes, conflictos por fábrica en el caso de la industria de sectores del proletariado industrial y luchas prolongadas de gremios de servicios como telefónicos. Muchas de estas luchas han estado conducidas por direcciones que se reclaman opositoras a las de las centrales sindicales, tanto la CGT como la CTA, e incluso por delegados y comisiones internas opuestas a las direcciones gremiales. La relación entre estos conflictos y los del ciclo anterior es uno de los temas a indagar en un próximo trabajo. Una cuestión relevante no sólo para reflexionar sobre la conflictividad actual sino porque la importante acumulación de experiencias de lucha y organización adquiridos por los trabajadores en estos años apostamos a que será relevante, cuando las condiciones actuales de relativa estabilidad comiencen a evaporarse y se reabran nuevas crisis de envergadura en el seno de la clase dominante.

Bibliografía

- Aiziczon, Fernando (2006): Teoría y práctica del Control Obrero: el caso de Cerámica Zanón, Neuquén, 2002-2005, en Revista Herramienta N° 31, Buenos Aires.
- Aiziczon, Fernando (2005): Neuquén como campo de protesta, en Favaro, Orietta – comp.- (2005): Sujetos sociales y políticas. Historia reciente de la Norpatagonia Argentina, La Colmena, Buenos Aires.
- Auyero, Javier (2002): La Protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática, Buenos Aires, UBA-Libros del Rojas.
- Castillo, Christian (2002): Reflexiones sobre la dinámica de clases y los ritmos de la etapa revolucionaria, en Revista Estrategia Internacional N° 18, Buenos Aires.
- Castillo, Christian (2006): La Argentina de los contrastes, en Revista Lucha de Clases N° 6 (segunda época), Buenos Aires.
- Cotarelo, María Celia (2006): Aproximación al análisis de los sujetos emergentes en la crisis de 2001-2002 en Argentina, en PIMSA. Documentos y Comunicaciones 2005, Buenos Aires.
- Fajn, Gabriel (2003): Fábricas y empresas recuperadas, Buenos Aires, Ediciones del IMFC.

- Fajn, Gabriel y Rebón, Julián (2005): El taller, ¿sin cronómetro? Apuntes acerca de las empresas recuperadas, en Revista Herramienta N° 28, Buenos Aires.
- Giarraca, Norma (2001): La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país, Buenos Aires, Alianza.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia (2000): La protesta social en los '90. Aproximación a una periodización, en PIMSA. Documentos y Publicaciones (2000), Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia (2003): La insurrección espontánea. Argentina, diciembre de 2001. Descripción, periodización, conceptualización, en PIMSA. Documentos y Publicaciones (2003), Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2006): Falacias y realidades sobre la clase obrera, en Crítica de Nuestro Tiempo. Revista Internacional de Teoría y Política, N° 34, Buenos Aires.
- Lizarrague, Freddy; Werner, Ruth y Castillo, Christian (1996): Del Cordobazo al Jujeñazo, en Revista Lucha de Clases N° 1, Buenos Aires.
- Lobato, Mirta y Suriano, Juan (2003): La protesta social en la Argentina, Buenos Aires, FCE.
- Medina, Gonzalo y Aguiar, Santiago (1997): La lucha de los trabajadores de Fiat y el Sitramf, en Revista Lucha de Clases N° 1, Buenos Aires.
- Montes, José –coordinador- (1999): Astillero Río Santiago. Su historia y su lucha contada por sus trabajadores, Buenos Aires.
- Oprinari, Pablo (1996): El “Santiagueñazo”, en Revista Estrategia Internacional N° 6, Buenos Aires.
- Petruccelli, Ariel (2005): Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có, Buenos Aires, El Cielo por Asalto-El Fracaso.
- Rebón, Julián (2004): Desobedeciendo el desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas, Buenos Aires, Picasso-La Rosa Blindada.
- Romano, Manolo (2001): Entre la emergencia obrera y la crisis de dominio burgués, en Revista Estrategia Internacional N° 17, Buenos Aires.
- Romano, Manolo (2002): Crisis de dominio burgués: reforma o revolución en Argentina, en Revista Estrategia Internacional N° 18, Buenos Aires.
- Schuster, Federico y Pereyra, Sebastián (2001): La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política, en Giarraca, Norma (2001), op. cit.

- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003): Entre la ruta y el barrio, Buenos Aires, Biblos.
- Svampa, Maristella (2005): La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Buenos Aires, Taurus.
- Werner, Ruth y Aguirre, Facundo (2004): Movimiento piquetero: entre la lucha de clases y la institucionalización, en Revista Estrategia Internacional N° 21, Buenos Aires.
- Zibechi, Alejandro (2003): Genealogía de la revuelta. Argentina, sociedad en movimiento, Buenos Aires, Letra Libre.